

# Los muertos de la tierra: los difuntos destinados al Mictlán y al Tlalocan

Ignacio de la Garza Gálvez

Posgrado en Estudios Mesoamericanos, Universidad Nacional Autónoma de México

## RESUMEN

En el pensamiento nahua prehispánico la humanidad fue creada para trabajar incluso después de la muerte. Los difuntos iban a lugares determinados en los cuales se transformaban en seres nuevos para cumplir allí con sus labores. Sin embargo, en la cosmovisión prehispánica los sitios donde moraban los muertos se encontraban en estrecha comunicación con el mundo de los vivos, y muchas veces se confundían entre sí e influían en el mundo humano.

*Palabras clave:* cosmovisión, cultura nahua, más allá, existencia después de la muerte, Tierra.

## ABSTRACT

In pre-Hispanic Nahua thought, humankind was created to work, even after death. Those who passed away went to certain places where they were transformed into new beings so they could carry out the new tasks they had in the place where they had arrived. However, in pre-Hispanic worldview, the places where the dead go were in a close communication with each other as well as with the world of the living, so the dead could influence the human world.

*Keywords:* worldview, Nahua culture, great beyond, existence after death, Earth.

**E**n las concepciones de los antiguos nahuas la muerte no era el final de la vida, sino una parte indispensable de la existencia sin la cual no podía haber nada en el mundo. En palabras del investigador Patrick Johansson (2016: 20-22), “de manera metafórica, digamos que la existencia (*nemiliztli*) y la muerte (*miquiztli*) son respectivamente la sístole y la diástole del latido de la vida indígena (*yoliztli*)”. Para Alfredo López Austin (1994: 223-225), los individuos eran creados en el ámbito donde habitaban los dioses, alcanzaban su desarrollo pleno en el mundo y, tras la muerte, se iban disgregando los componentes anímicos y corporales hasta una desaparición total en los ámbitos divinos. Las energías vitales, “la semilla” que cada ser tenía, era limpiada en el más allá, depositada y reenviada a la tierra para volver a iniciar el ciclo de la vida y la muerte. Por su parte, respecto a la vida y la muerte entre los antiguos nahuas, Michel Graulich (1990: 68-75) decía que aquéllos tenían una deuda con los dioses. Ésta había surgido en el momento mismo en que los dioses crearon a la humanidad por medio de su propio sacrificio, y que se mantenía por los dones que las divinidades brindaban constantemente a sus creaciones.

Tales creencias se veían plasmadas en las narraciones míticas. Así, se contaba que la Tierra había sido creada a partir del sacrificio de una deidad, quien a su vez demandaba la sangre de las personas para entregar sus dones (Garibay, 2005: 108); los hombres actuales habían nacido a partir de los huesos y cenizas de las humanidades anteriores (*Códice Chimalpopoca*, 1945: 120-121; Garibay, 2005: 105-106; Torquemada, 1975: III, 120-121), y el Sol demandaba el sacrificio de los dioses y ser alimentado con los corazones de la gente para mantenerse en movimiento (*Códice Chimalpopoca*, 1945: 121-122; Mendieta, 1956: 85; Sahagún, 1999: 433-434).

La humanidad era una pieza fundamental en el funcionamiento del cosmos: había sido creada a la par que el tiempo, el espacio, el fuego, el agua y la tierra (Garibay, 2005: 25-27); había existido, muerto y sufrido transformaciones en las distintas eras o soles cosmogónicos (Garibay, 2005: 27-32); había sido creada de nuevo a partir de los restos depositados en el Mictlán, nutrida por los dioses e impulsada a hacer la guerra para crear al quinto sol (Garibay, 2005: 27-35, 106, 110). De este modo, el hombre había nacido para trabajar y servir a los dioses, y esto debía hacerlo tanto en vida como después de la muerte.

El mundo en que vivían los nahuas había sido creado por los dioses. Todo tenía dentro de sí una parte de las divinidades, y era debido a la acción de éstas que existía el movimiento en el cosmos. Tiempo y espacio eran también obra de los dioses. De acuerdo con López Austin (1994: 21-23), las deidades se componían de una materia sutil, ligera y casi imperceptible, así como de otra pesada, que condenaba

a los seres a la muerte y a la desaparición. Esta materia tenía cuatro características fundamentales:

1. Podía dividirse;
2. podía reintegrarse a su fuente;
3. podía separar sus componentes;
4. podía agruparse para formar un nuevo ser divino (López, 1994: 25).

La aparición del Sol había provocado que la materia sutil de los dioses quedara atrapada por una especie de cobertura “pesada”, que era la que los hombres percibían con normalidad mediante sus sentidos, la cual limitaba el movimiento y la transformación de aquella otra sustancia sutil y liviana (López, 1994: 23-25).

La acción del Sol ocurría sobre la Tierra. Los dioses generaban el tiempo al pasar por el mundo desde otros lugares del cosmos, llevando así la influencia que cada divinidad tenía y del sitio del cual provenían (López, 2008: I, 70-75). En aquellos lugares la dinámica de existencia era distinta y el tiempo corría a un ritmo diferente. Esto repercutía de distintas formas en la tierra: los curanderos se remitían a aquellos sitios para realizar sus curaciones, los hechiceros intentaban actuar con ayuda de lo que pasara en esos lugares y los hombres debían morir o transformarse para acceder a ellos. Los dioses/tiempo —es decir, los días, las trecenas, las veintenas y los años— seguían un orden por medio del cual era posible saber qué influencias actuaban en el mundo a partir de un registro: el *tonalpohualli*, “la cuenta de los días”.

El mundo había sido creado a partir de la división de una deidad telúrica conocida como Cipactli o Tlaltecuhli (Garibay, 2005: 25-26, 108), en tanto que los dioses habían nacido de una pareja o dualidad en el punto más alto del cosmos, desde donde bajaron a la deidad telúrica hacia las aguas previamente creadas y luego organizaron al mundo. A partir de la separación, aparecieron algunos sitios: por encima de todo se encontraba el Omeyocan o Tamoanchan, y en el interior de la parte más baja estaba el Mictlán, “el lugar de los muertos”.

Los hombres moraban en la mitad de la separación, en Tlalticpac, “sobre la tierra” (figuras 1 y 2). En aquellos sitios donde no habitaba la humanidad viviente se hallaban los dioses, las fuerzas sobrenaturales y los muertos, siempre en gran actividad. Todos esos lugares eran recorridos por el Sol, que era el modelo del tiempo y de la existencia cíclica. Este astro nacía en el amanecer, alcanzaba la plenitud al mediodía, envejecía en el atardecer, moría en el crepúsculo y transitaba por la parte baja del cosmos para renacer a la mañana siguiente (Graulich, 1990: 281-288).



**Figura 1** Niveles superiores del cosmos, *Códice Vaticano A 3738*.  
**Fuente** [http://www.famsi.org/research/graz/vaticanus3738/img\\_page001v.html](http://www.famsi.org/research/graz/vaticanus3738/img_page001v.html).



**Figura 2** Niveles inferiores del cosmos, *Códice Vaticano A 3738*.  
**Fuente** [http://www.famsi.org/research/graz/vaticanus3738/img\\_page002r.html](http://www.famsi.org/research/graz/vaticanus3738/img_page002r.html).

Varias de las regiones del cosmos —incluidas algunas o tal vez todas por las cuales transitaba el Sol— eran sitios a donde iría la gente después de fallecer. Fray Bernardino de Sahagún (1999) es acaso quien más detalles ofrece respecto de aquellos sitios. En el apéndice del libro III de su obra *Historia general de las cosas de la Nueva España*, habla acerca de los lugares a los que irían los difuntos y escribe “que las ánimas de los difuntos iban a una de tres partes” (Sahagún, 1999: 205). Estos sitios eran el Mictlán, “el lugar de los muertos”; el Tlalocan, “el lugar del Tláloc”, y Tonatiuh ichan, “la casa del Sol” (Sahagún, 1999: 205-208). En el libro VI, que contiene varios discursos indígenas dirigidos en distintas situaciones de la vida social, hay también menciones a esos sitios; en aquellos se amplía la información contenida en el apéndice y se agrega un sitio más: el Tonacaquauhítlan (Sahagún, 1999: 357).

La manera en que los individuos fallecían marcaba a qué sitio iría cada uno, y esto era decidido por los dioses desde el momento en que se adquiría un *tonalli*, es decir, una fuerza anímica ligada con el individuo desde el momento de la asignación

de su nombre, a los pocos días de nacer. Tal fuerza era una parte del dios/día que se quedaba en el mundo y en el individuo en la fecha que había pasado por la Tierra; era el “destino” que le tocaba a la gente, marcado por la cuenta del *tonalpohualli*. Sin embargo, al parecer ese destino no era inamovible: la última palabra la tenían los dioses. La carga de los días era muy variada, y el comportamiento de los individuos inclinaría la balanza hacia un destino u otro. Por ejemplo, para el día con signo *ce ocelotl*, de acuerdo con los informantes de Sahagún:

Cualquiera que nacía, ora fuese noble, ora fuese plebeyo, en alguna de las dichas casas, decían que había de ser cautivo en la guerra, y en todas sus cosas había de ser desdichado y vicioso y muy dado a las mujeres, y aunque fuese hombre valiente al fin vendíase él mismo por esclavo, y esto hacía porque era nacido en tal signo; más decían, que aunque fuese nacido en tal signo mal afortunado, remediábase por la destreza y diligencia que hacía por no dormir mucho, y hacer penitencia de ayunar y punzarse, sacando la sangre de su cuerpo, y barriendo la casa donde se criaba y poniendo lumbre, y si en despertando iba luego a buscar la vida, acordándose de lo que adelante había de gastar, si enfermase, o con que sustentase a sus hijos, y si fuese cauto en las mercaderías que tratase; y también remediábase si era entendido y obediente, y si sufría los castigos o injurias que le hacían sin tomar venganza de ellas [Sahagún, 1999: 225].

¿Qué era aquello que viajaba a los lugares de los muertos? Los seres humanos estaban conformados por varios componentes: el “pesado”, que es lo palpable con los sentidos, como la carne y los huesos, y las denominadas entidades anímicas. Entre estas últimas, las más importantes —o al menos las más estudiadas— han sido el *tonalli*, el *teyolia*, el *ihiyotl* y el *nahualli*. Aunque sus características podían variar, éstas eran las más frecuentes: su ubicación más mencionada estaba en el corazón, el hígado, el estómago, la cabeza y la sangre; el ánima-corazón o *teyolia* era responsable de la vitalidad, el intelecto, el valor, el destino, y a ésta se le atribuía el viaje al inframundo tras el deceso; el ánima-aliento o *ihiyotl*, muy difícil de identificar, permanecería en la Tierra después de la muerte; el ánima-sombra parece identificarse con la entidad anímica anterior y, tras la muerte, podía tomar la forma del difunto; el ánima-calórica o *tonalli* se vinculaba con las funciones vitales, sin la cual el individuo fallecería, pero con la capacidad de “deambular” fuera del cuerpo —los sueños eran resultado de las “escapadas” del *tonalli*, la entidad calórica—. Esta última entidad calórica se insertaba en la persona desde el inicio de la vida, y sus cualidades variaban “en función de la influencia que ejercían sobre el individuo las diferentes deidades patronas del día de

su nacimiento, condicionando con ello su nombre, destino y características personales” (López, 2008: I, 359-357; Martínez, 2011: 30-80).

Por su parte, el *nahualli* era una entidad “compañera” del individuo, la cual compartía “destino” y cualidades. Al parecer, el nahual también se asociaba con los individuos en el nacimiento o en un momento cercano a éste, ya que supuestamente nacía al mismo tiempo, donde el *tonalli* era el vínculo entre la persona y el nahual. Los *nahualtin* se localizaban en el cielo, en los bosques, en las montañas o en el inframundo, todos estos sitios relacionados con el Tlalocan y la muerte. Además, tal entidad se relacionaba con la noche y los sueños. Debido a las moradas *post mortem* que se suponen para el *teyolia*, es posible que cuando el individuo falleciera y fuera a habitar en alguno de esos lugares el *nahualli*, bajo su forma animal, pasara a morar en la tierra (Martínez, 2011: 132, 153-156).

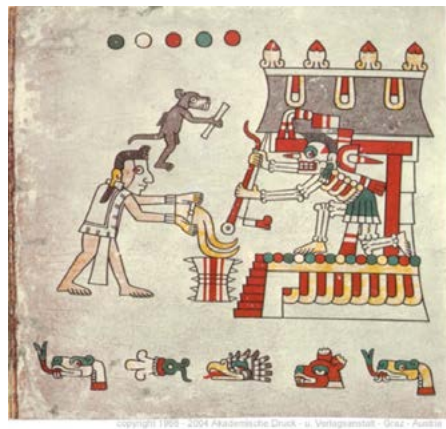
Tal parece que la muerte era imaginada como el momento en que los componentes de la persona se disgregaban (López, 2008: I, 361) (figura 3). Sin embargo, estas entidades y componentes han sido trabajados sobre todo por la antropología, y en cada comunidad llegan a variar con amplitud respecto al modelo presentado aquí, tanto en número como en nombres. Por otro lado, en las fuentes coloniales raras veces se mencionan, aunque el *teyolia* es el más frecuente. Tal visión de entidades anímicas y cuerpo pareciera corresponder más a una construcción elaborada, por una parte, por los españoles que buscaban entender las creencias de los indígenas y encontrar algo parecido a su propia concepción del alma cristiana, y, por otro lado, debido a la construcción de un modelo creado por los investigadores para comprender la ritualidad, los espacios sagrados, la salud y el cuerpo, entre otros aspectos de la vida indígena.

Con lo anterior no quiero decir que no existieran entidades anímicas, sino que el modelo con que trabajamos los investigadores es una construcción que no se corresponde del todo con el pensamiento nahua prehispánico. Si bien el *teyolia* es la entidad que viaja, el cuerpo también parece verse afectado y cumplir un papel en los lugares de los muertos, como si estuviera presente en ellos; la información disponible no permite más que especular acerca de lo que ocurriría con el resto de las entidades. No obstante, una posibilidad es que una parte de todos los componentes de la persona continuaran unidos hasta la total desaparición o transformación del difunto en el más allá.

El primer sitio mencionado por Sahagún al cual iba la gente tras fallecer era “el lugar de los muertos”, el Mictlán. Allí habitaban Mictlantecuhtli, “señor del lugar de los muertos”, y Mictecacíhuatl, “señora del lugar de los muertos”. Quienes allí se dirigían eran todos aquellos que morían de enfermedad, sin importar que “fuesen se-



**Figura 3** La muerte, *Códice Laud*. Fuente [http://www.famsi.org/research/graz/laud/img\\_page44.html](http://www.famsi.org/research/graz/laud/img_page44.html).



**Figura 4** El difunto se presenta junto con un perro ante Mictlantecuhtli, *Códice Laud*. Fuente [http://www.famsi.org/research/graz/laud/img\\_page26.html](http://www.famsi.org/research/graz/laud/img_page26.html).

ñores o principales, o gente baja”, varón o mujer. Era descrito como un “lugar obscurísimo”, al que todos irían y del cual no se podría volver (Sahagún, 1999: 205).

Los difuntos debían enfrentar una serie de pasos peligrosos, como “dos sierras que están encontrándose una con otra”, un camino con “una culebra guardando”, otro con una lagartija verde conocida como *xochitonal*, ocho páramos, ocho collados, y atravesar por donde había un viento, que “era tan recio que llevaba las piedras y pedazos de navajas”, conocido como *itzehecayan* (Sahagún, 1999: 206).

En los *Primeros memoriales*, Sahagún (1997: 177) menciona que el viento también llevaba arena, árboles y pedernales. Además, dice que existía vegetación, aunque ésta consistía en plantas espinosas como arbustos, cactus y agaves (Sahagún, 1999: 177-178). Al parecer sus informantes hablaban sobre las condiciones que enfrentarían los difuntos en el Mictlán, las dificultades que necesitaban atravesar y el proceso por el cual llegarían ante Mictlantecuhtli.

Los muertos tendrían que llevar consigo a un perro color bermejo que los ayudaría a atravesar por un río llamado Chiconahuapan para llegar ante aquél y presentarle las ofrendas con que habían sido enterrados, y que en forma periódica les eran enviadas por los deudos que habían dejado en la Tierra (Sahagún, 1999: 205-207) (figura 4). Las ofrendas que los vivos hacían a sus muertos también servían para ayudarlos, ya fuera para alimentarlos, asistirlos o protegerlos.

Por último, de acuerdo con la información del fraile, “en este lugar del infierno que se llama Chiconauimictlan se acababan y fenecían los difuntos” (Sahagún, 1999: 207).

La existencia en el Mictlán debía ser difícil. Los pasos por los que iba atravesando el difunto lo iban destruyendo y descarnando (López, 1994 y 2008). Era como si la tierra lo fuera devorando (Matos, 2010: 139-151). Allí los seres eran consumidos, así como todo lo podrido que había en el mundo, lo cual iba siendo digerido y purificado (Johansson, 2000): “Mictlantecuhtli y Mictecacíhuatl comían pies, manos y un fétido estofado de escarabajo; beben pus usando cráneos como vasos. Los tamales apestan a escarabajos malolientes; se comen corazones y hierbas espinosas” (Sahagún, 1997: 177).

Del individuo no quedarían más que los huesos. Este proceso habría sido el que permitió a Quetzalcóatl descender al Mictlán para obtener los huesos con los cuales fue creada la humanidad actual, de acuerdo con los relatos míticos (Garibay, 2005: 120-121).

Los difuntos que estaban en ese lugar eran transformados en seres descarnados, cuyo trabajo consistiría en ir devorando lo podrido, como los restos humanos en descomposición. También debían acompañar al Sol en su recorrido nocturno. Es posible que algunos de ellos se transformaran en seres relacionados con la Tierra y la noche.

El fraile Gerónimo de Mendieta relataba acerca de las creencias de los tlaxcaltecas: “[...] que las almas de los señores y principales se volvían nieblas, y nubes, y pájaros de pluma rica, y de diversas maneras, y en piedras preciosas de rico valor. Y que las ánimas de la gente común se volvían en comadreja, y escarabajos hediondos, y animalejos que echan de sí una orina muy hedionda, y en otros animales rateros” (Mendieta, 1956: 105).

A manera de hipótesis, podemos plantear que aquellos que iban al Mictlán también podrían transformarse en diversos tipos de animales. Estrechamente vinculados con este sitio estaban las arañas, los alacranes, gusanos, escarabajos, búhos, murciélagos y las víboras, entre otros, los cuales son considerados “dioses menores” o *chaneque* —“los dueños”—, que cuidaban las riquezas y los lugares en que se comunicaban los mundos (Mikulska, 2008: 367-370) (figura 5). Es posible que la gente destinada a este sitio también se transformara en ciertos tipos de aves. Como se verá adelante, esto ocurría con los guerreros muertos, quienes se convertían en aves bellas. En el caso de los destinados al “lugar de los muertos”, podrían haberse transformado en aves nocturnas.

En particular, las labores de la lechuza, el búho y el tecolote se encuentran ampliamente documentadas como mensajeros, anunciando la muerte a los hombres (Durán, 2002: I, 198-199; Sahagún, 1999: 273). De la primera se llega a decir en específico que era la mensajera de Mictlantecuhtli y que se llamaba Yaotequihua, “que





**Figura 5** Búho representado en el altar de los animales de la noche, en el Museo Nacional de Antropología. En la misma pieza aparecen una araña, un murciélago y un escorpión. **Fotografía** Ignacio de la Garza Gálvez.

quiere decir mensajero del dios del infierno que andaba a llamar a los que le mandaban” (Sahagún, 1999: 273).<sup>1</sup>

En el apéndice al libro III, Sahagún escribe: “La otra parte a donde decían que se iban las ánimas de los difuntos es el paraíso terrenal, que se nombra Tlalocan, en el cual hay muchos regocijos y refrigerios, sin pena ninguna; nunca jamás faltan las mazorcas de maíz verdes, y calabazas y ramitas de bledos, y ají verde y jitomates, y frijoles verdes en vainas, y flores” (Sahagún, 1999: 207).

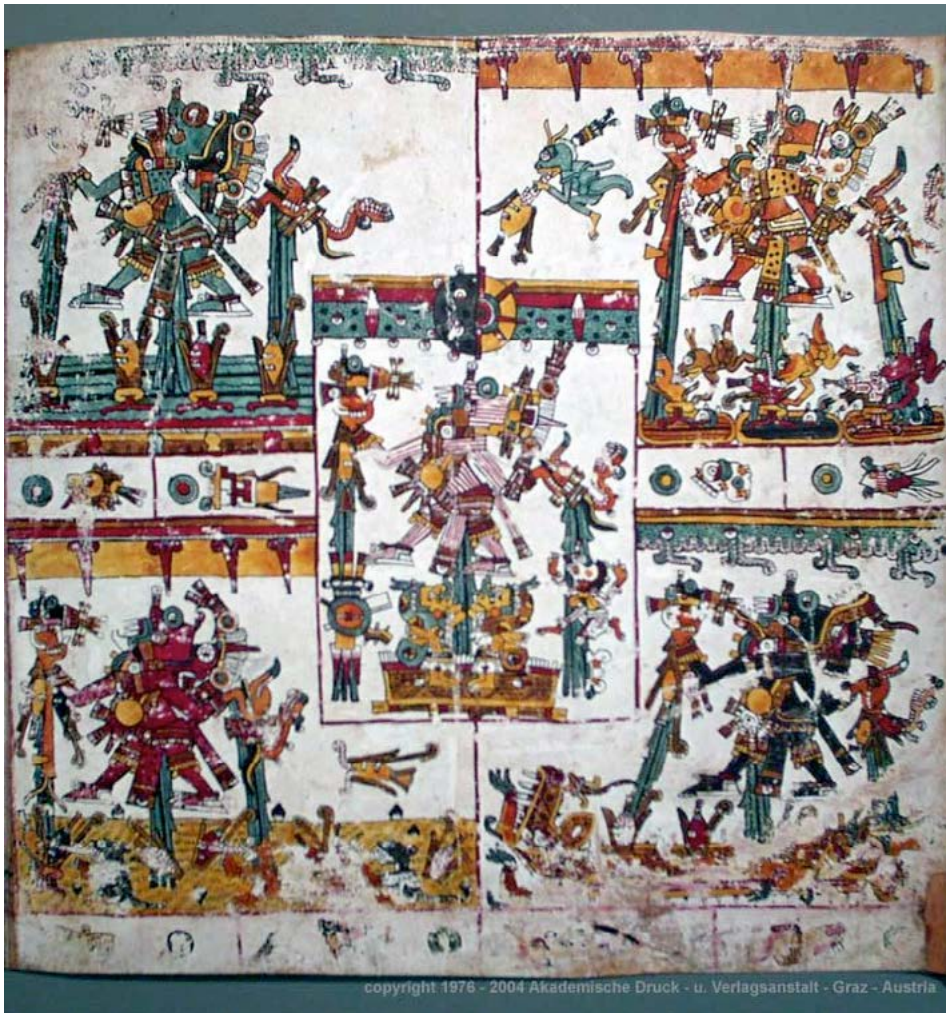
Y añade: “Y así decían que en el paraíso terrenal que se llamaba Tlalocan había siempre jamás verdura y verano” (Sahagún, 1999: 208). A este sitio iban los elegidos por el dios Tláloc: aquellos que morían al ser alcanzados por un rayo, quienes se ahogaban o eran ahogados por una criatura conocida como Ahuizotl, así como los

---

<sup>1</sup> La traducción del franciscano es incorrecta. En el diccionario de Siméon (2007) la palabra *yaotequihua* aparece como “capitán, jefe, comandante militar”, y en el de Molina (2008), como “capitán de guerra”; *-hua*: terminación del posesivo; *tequill*: “trabajo”, “tributo”, “cargo”, “deber”; *yaotl*: “enemigo”. Una traducción podría ser “el que se encarga del enemigo”; sin embargo, la palabra *Yaotl* también es uno de los nombres de Tezcatlipoca, por lo que podría ser, sin perder sentido, “el que tiene a su cargo a Tezcatlipoca”.

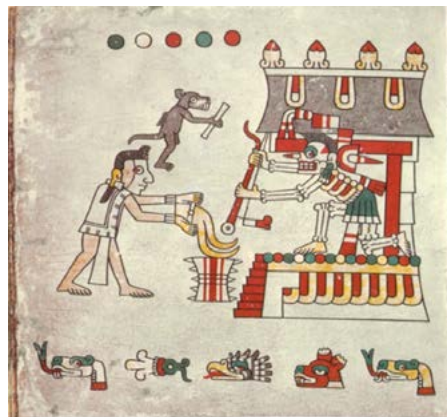
que morían de alguna enfermedad atribuida a la deidad, como los leprosos, gotosos, sarnosos, bubosos e hidrópicos (Sahagún, 1999: 207-208).

En el Tlalocan tenían su morada los *tloaque*, ayudantes de Tláloc, quienes se encargaban de llevar la lluvia y la fertilidad al mundo de los hombres. En la *Historia de los mexicanos por sus pinturas* se describen los “apuestos” que tenía el dios de la lluvia:



**Figura 6** Las distintas aguas llevadas a la tierra por los *tloaque*, *Códice Borgia*. **Fuente** [http://www.famsi.org/research/graz/borgia/img\\_page27.html](http://www.famsi.org/research/graz/borgia/img_page27.html).

Del cual dios del agua dicen que tiene un aposento de cuatro cuartos, y en medio de un gran patio do están cuatro barreñones grandes de agua: la una es muy buena, y de ésta llueve cuando se crían los panes y semillas y enviene en buen tiempo. La otra es mala cuando llueve, y con el agua se crían telarañas en los panes y se añublan. Otra es cuando llueve y se hielan; otra cuando llueve y no granan y se secan [Garibay, 2005: 26].



**Figura 7** La casa del Sol, *Códice Laud*. Fuente [http://www.famsi.org/research/graz/laud/img\\_page14.html](http://www.famsi.org/research/graz/laud/img_page14.html).

Las aguas mencionadas eran llevadas por los *tlaloque* en cántaros para ser distribuidas en la tierra (figura 6).

Quienes eran elegidos por Tláloc se transformaban en los ayudantes mencionados, los cuales podían ser nubes o vientos. Su tarea principal era llevar las aguas al mundo, hacer que los vientos soplaran y, en general, llevar la fertilidad y los dones de la tierra a la humanidad. También eran una especie de “guardianes” de las riquezas, ya que podrían negar los dones de la fertilidad a los hombres (*Códice Chimalpopoca*, 1945: 126) o matar a aquellos que poseían “piedras verdes” (Sahagún, 1999: 648-649). A su vez, podían ser caprichosos y matar a los individuos que deseaban para acompañarlos, ya fuera por sus buenas o sus malas acciones o porque en vida les habían sido muy queridos y deseaban su compañía (Sahagún, 1999: 649). “La otra parte a donde se iban las ánimas de los difuntos es el cielo, donde vive el sol” (Sahagún, 1999: 208) (figura 7).

Los elegidos para morar allí eran los guerreros que morían en la guerra, así como los cautivos sacrificados. Sahagún describe este sitio y la existencia en él:

Todos estos dizque están en un llano y que a la hora que sale el sol, alzaban voces y daban grito golpeando las rodela, y el que tiene rodela horadada de saetas por los agujeros de la rodela mira al sol, y el que no tiene rodela horadada de saetas no puede mirar al sol.

Y en el cielo hay arboleda y bosque de diversos árboles; y las ofrendas que les daban en este mundo los vivos, iban a su presencia y allí las recibían; y después de cuatro años pasados las ánimas de estos difuntos, se tornaban en diversos géneros de aves de pluma rica, y color, y andaban chupando todas las flores así en el cielo como en este mundo, como los zinzones lo hacen [Sahagún, 1999: 208].



**Figura 8** El Tonacacuahuitlan, *Códice Vaticano A.3738*. Fuente [http://www.famsi.org/research/graz/vaticanus3738/img\\_pa0003v.html](http://www.famsi.org/research/graz/vaticanus3738/img_pa0003v.html).

“se cuentan con los que mueren en la guerra”, por lo que iban a la casa del Sol, si bien residirían en la parte occidental,<sup>2</sup> conocida como Cihuatlampa. Al salir el astro por la mañana, era recibido y acompañado por los hombres hasta el mediodía, donde era dejado en manos de las mujeres. Las mujeres “se aparejaban con sus armas, y de allí comenzaban a guiarle, haciéndole fiesta y regocijo”. Por su parte, los hombres “se esparcían por todo el cielo y los jardines de él, a chupar flores hasta otro día”. Las mujeres llevaban al Sol en unas “andas” hechas de plumas. Iban haciéndole fiesta y “dejábanle donde se pone el sol, y de allí salían a recibirlo los del infierno, y llevábanle al infierno” (Sahagún, 1999: 381).

<sup>2</sup> La *Historia de los mexicanos por sus pinturas* nos dice que el Sol llegaba sólo hasta el mediodía, desde donde regresaba al oriente, y lo que se veía desde el mediodía hasta el ocaso era tan sólo “su claridad y no el sol”. Esto nos indicaría que el Sol del Cihuatlampa sería un “falso” astro, por lo cual se explicaría la división entre un ámbito femenino y uno masculino en la casa del Sol (Garibay, 2005: 27). Véase también Graulich (1997: 59-62).

Más adelante, en uno de los discursos del libro VI, escribe acerca de los que son pueros y mueren en la guerra:

Dijeron los viejos que el sol los llama para sí, y para que vivan con él allá en el cielo, para que le regocijen y canten en su presencia y le hagan placer; éstos están en continuos placeres con el sol, viven en el olor y zumo de todas las flores sabrosas y olorosas, jamás sienten tristeza ni dolor, ni disgusto porque viven en la casa del sol, donde hay riquezas de deleites; y éstos de esta manera que viven en las guerras, y esta manera de muerte es deseada de muchos, y muchos tienen envidia a los que así mueren, y por esto todos desean esta muerte, porque los que así mueren, son muy alabados [Sahagún, 1999: 356].

A partir de los discursos del libro VI sabemos que las mujeres que morían en la guerra y en el primer parto también



En otro de los discursos del libro VI se habla de un lugar más que no menciona Sahagún en el apéndice del libro III: el Tonacacuahtitlan o “árbol de nuestro sustento”. Los niños que morían en su tierna infancia, “que son como unas piedras preciosas”, eran los que iban a morar ahí, donde habitaba también Tonacatecuhtli, “señor de nuestro sustento”. El sitio era concebido como un lugar deleitoso, “donde hay todas maneras de árboles y flores y frutos, y andan allí como *tzintzones*, que son avecitas pequeñas de diversos colores que andan chupando las flores de los árboles” (Sahagún, 1999: 357). Este sitio también lo encontramos representado en el *Códice Vaticano A 3738*. En la figura 8 se observa a los niños alrededor de un árbol de cuyos frutos se alimentan (*Códice Vaticano A 3738*, 1979: 3v).

Los lugares a donde iban los difuntos no tenían como único objetivo acoger a los muertos, quienes, de hecho, debían trabajar en las actividades que se realizaban allí. Además, dada la comunicación que tenían entre sí y con el mundo donde habitaba la humanidad, la influencia de esos sitios se hacía sentir en la esfera de los vivos. Asimismo, tanto en los relatos como en diversos cantares no pareciera existir una clara diferenciación entre algunos lugares.

En el caso del Tlalocan y el Mictlán, ambos formaban parte de la región baja del cosmos, y sus funciones estaban estrechamente vinculadas con la muerte, la regeneración y la repartición de los bienes necesarios para el sustento humano. La parte alta era la zona cuya finalidad era ser la ruta de tránsito del Sol, las deidades y las energías, así como sostener al cosmos y evitar que la deidad telúrica se volviera a unir, por una parte, y que deidades temibles descendieran a destruir a la humanidad.

En los mitos se habla en forma específica de cuando fue creado el Mictlán. Así, en la *Historia de los mexicanos por sus pinturas* se dice que, durante la creación del mundo, los dioses creadores “[...] hicieron a Mictlantecuhtli y a Mictcacihuatl, marido y mujer y éstos eran dioses del infierno, y los pusieron allá” (Garibay, 2005: 25-26). Por su parte, en el *Códice Telleriano-Remensis* se habla de que los dioses fueron expulsados del Tamoanchan “[...] y así vinieron algunos a la tierra y algunos otros descendieron al infierno” (Anders y Jansen, 1996: 169). Entre estos dioses se men-



**Figura 9** Individuo cayendo de cabeza en unas fauces y en la oscuridad, *Códice Laud*. Fuente [http://www.famsi.org/research/graz/laud/img\\_page21.html](http://www.famsi.org/research/graz/laud/img_page21.html).



**Figura 10** Individuo devorado desde la cabeza por Mictecacihuatl, *Códice Borgia*. Fuente [http://www.famsi.org/research/graz/borgia/img\\_page05.html](http://www.famsi.org/research/graz/borgia/img_page05.html).



**Figura 11** Individuo entrando de cabeza en fauces terrestres, *Códice Borgia*. Fuente [http://www.famsi.org/research/graz/borgia/img\\_page03.html](http://www.famsi.org/research/graz/borgia/img_page03.html).



**Figura 12** Individuo cayendo de cabeza en un ámbito oscuro, *Códice Borgia*. Fuente [http://www.famsi.org/research/graz/borgia/img\\_page08.html](http://www.famsi.org/research/graz/borgia/img_page08.html).

ciona a uno llamado Tzontemoc, el cual, de acuerdo con Sahagún, es otro de los nombres de Mictlantecuhtli.

El *Códice Ríos* refiere que Tzontemoc es el mismo que desciende bocabajo (Anders y Jansen, 1996: 49). Existen numerosas representaciones iconográficas donde observamos cómo este descenso de cabeza implica ser devorado por la Tierra o por algún ser descarnado, o bien entrar en una cueva; es decir, la muerte (figuras 9-12). Así, tendríamos a Mictlantecuhtli entrando a la Tierra, como luego todos aquellos que morirían tendrían que hacerlo, siguiendo el modelo del mito, con la diferencia de que la entrada del dios de la muerte sería la primera en el mundo de los muertos; es decir, la fundación del Mictlán, que es el sitio por el cual Tlaltecuhltli devora para saciar su apetito y después brindar los dones de la Tierra.

Por otra parte, no aparece cómo es fundado el Tlalocan. Al hablarse de aquel sitio es para describirlo como morada del dios Tláloc. Sin embargo, tomando en cuenta la relación de esta deidad con el agua, los montes y la tierra, así como una gran cantidad de esculturas, podríamos proponer que el Tlalocan es la Tierra misma, aunque en un aspecto relacionado con las aguas y los montes y con una capacidad generadora y sustentadora. En otras palabras, es la Tierra ya creada por Tezcatlipoca y Quetzalcóatl tras la separación de Cipactli/Tlaltecuhltli, y a la que los dioses dieron forma

al crear las montañas, ojos de agua, cuevas y plantas. El Tlalocan es un sitio creado y del cual provienen los dones y riquezas.

El Tlalocan llega a confundirse con el Tamoanchan y con la casa del Sol. Una descripción del Tamoanchan que aparece en la *Historia de Tlaxcala* de Diego Muñoz Camargo (2007: 154-155) cuenta que ahí existía una diosa llamada Xochiquetzal, la cual habitaba “sobre todos los aires y sobre los nueve cielos” en un lugar deleitoso en el que había un árbol florido, servida por otras mujeres, enanos y corcovados. En el mismo relato se menciona que Xochiquetzal era esposa de Tláloc, pero fue secuestrada por Tezcatlipoca y llevada a los “nueve cielos”. Este mismo árbol florido recuerda al que se encuentra en el Tonacacauhtitlan, al que van los niños a su tierna edad. Sahagún también menciona que en la casa del Sol existía una gran arboleda y que los guerreros muertos que allí habitaban se transformaban en aves que libaban de las flores, tanto de las que ahí había como de las que estaban en la Tierra. Así, notamos que los guerreros difuntos podían habitar tanto en la casa del Sol como en la Tierra.

La confusión se hace aún mayor en los cantares que han llegado hasta nosotros. Si bien la influencia de la evangelización y las interpolaciones llevadas a cabo por los españoles en ellos para facilitar la conversión de los indígenas es manifiesta, los elementos descritos son prehispánicos. Así, por ejemplo, en un canto se dice:

Donde están los brazaletes,  
en la casa de metal precioso,  
esparce sus hojas el árbol xochincuáhuítl,  
se balancea, se mece.

Libe el ave quetzal, libe el zacuan, el ave  
[quéchol.

[León-Portilla, 2011: I, 196-197.]

*maquízca ytec y çan teocuitlacalico  
moyahuan xochinquahuítl oo ye  
mohuihuixohua y çan ye motzetzeloa  
man tlachichina quetzaltotl  
man tlachichinan ya çaquan quecholan*

[ohuaya.

Donde están las casas de jade,  
donde están las casas de pluma de  
[quetzal,

allí hablas tú, Motecuhzomatzin.  
Tú lo mereciste, perdurará aquí tu fama.

[León-Portilla, 2011: II, 216-217.]

*Chalchiuhcal imanica huiya  
in quetzal imanica huiya a  
oncan in tontla'toa ohuaye tiMoteuço-*

*[çomatzin in huiya*

*can ticmaceuh aya*

*ye oncahuantimani a in moteyo ye nican ohuaya.*

En el Tlalocan se habla de las casas de Tláloc, que a su vez son similares a las que se decía que habitaba Quetzalcóatl en Tula, un sitio descrito de modo muy similar al Tlalocan:

*Y tenía unas casas hechas de piedras preciosas, que se llaman chalchihuites, y otras casas hechas de plata y más otras casas hechas de concha colorada y blanca, y más otras casas hechas todas de tablas, y más otras casas hechas de turquesas, y más otras casas hechas de plumas ricas [...]*

Y más dicen que era muy rico y que tenía todo cuanto era menester y necesario de comer y beber, y que el maíz (bajo su reinado) era abundantísimo, y las calabazas muy gordas y que subían por ellas como por árboles; y que sembraban y cogían algodón de todos colores, que son colorado y encarnado y amarillo, y morado, blanquecino, verde y azul y prieto, y pardo y naranjado y leonado, y estos colores de algodón eran naturales, en que así nacían; y más dicen que en el dicho pueblo de *Tulla* se criaban muchos y diversos géneros de aves de pluma rica y colores diversos, que se llaman *xuhtototl* y *quetzallototl*, y *zacuan* y *tlauhquechol*, y otras aves que cantaban dulce y suavemente.

Y más tenía el dicho *Quetzalcóatl* todas las riquezas del mundo, de oro y plata y piedras verdes, que se llaman *chalchihuites*, y otras cosas preciosas, y mucha abundancia de árboles de cacao de diversos colores, que se llaman *xochicacaoatl*; y los dichos vasallos del dicho *Quetzalcóatl* estaban muy ricos y no les faltaba cosa ninguna, ni había hambre ni falta de maíz, ni comían las mazorcaas pequeñas sino con ellas alentaban los baños, como leña [Sahagún, 1999: 195-196].

Tal vez las descripciones realizadas por los europeos estuvieran llenas de una confusión respecto a esos “más allá” que les recordaban al paraíso terrenal. Sin embargo, un mural teotihuacano, muy anterior a los mexicas y a la conquista española, contiene asimismo todos estos elementos, los cuales podrían ser válidos para pensar en una concepción anterior similar de un lugar alegre y abundante y el cual podría considerarse análogo tanto al Tlalocan como a la casa del Sol, al Tamoanchan y al Tonacacauhtitlan (figura 13).

Para el caso del Mictlán, sabemos que se hallaba en estrecha comunicación con la casa del Sol, ya fuera como el lugar al que las mujeres llevan al Sol o como desde el cual salía el astro. Cabe recordar que en algunas versiones del mito de la creación del Sol y la Luna se dice que el primero, antes de aparecer, pasó cuatro días en ese lugar (Mendieta, 1956: 84-86). También sabemos que en el Mictlán habitaban aves: Quetzalcóatl fue asustado por codornices al intentar recuperar los huesos de las humanidades anteriores, y los búhos eran los mensajeros del mismísimo Mictlantecuhtli, con la tarea de anunciar la muerte.

El Mictlán se hacía sentir en la Tierra de diversas maneras, sobre todo en tiempos de crisis, cuando se anunciaba la muerte y la destrucción de diversas formas, ya fuera por mediación de los búhos o, como narra Durán (2002: I, 575-577), por medio de mensajeros con apariencia humana pero monstruosa que se decían proceden-





**Figura 13** El “Tlalocan” encontrado en Teotihuacán. **Fuente** <http://losmuralesperdidosdetotihuacan.blogspot.mx/2011/05/tepanitla.html>.

tes del “monte infernal”. La influencia del lugar de los muertos sobre la tierra era tal que Graulich (1990: 281) llegó a afirmar que la noche era el Mictlán, pues a lo largo de ésta los seres sobrenaturales actuaban en el mundo, anunciando muerte, revelando los destinos o asustando a la humanidad.

La relación entre lugares era tal que en tiempos actuales, en la Sierra Norte de Puebla, se habla de un lugar llamado *Talokan*, cuyas características son similares al Mictlán y sus funciones corresponden tanto a las del lugar de los muertos como a las del Tlalocan de los tiempos antiguos (Knab, 1991). A su vez, en trabajos etnográficos ha quedado de manifiesto el papel de los muertos para la vida de los pueblos nahuas actuales; por ejemplo, en Guerrero, donde se cree que llevan las lluvias, hacen crecer las plantas y son mediadores entre los humanos y los santos y dioses (Good, 2004).

La creencia antigua parece haber radicado en que la muerte, más que un final o una transición a otro plano de existencia, era una transformación, en la cual los individuos iban perdiendo la identidad que habían tenido en la Tierra. Así, los difuntos se transformaban en seres descarnados, vientos, *tlaloque* o aves. En ese nuevo estado, al ser algo distinto, aquellos seres continuaban trabajando y cumpliendo con su misión de mantener el cosmos en movimiento. A su vez, las transformaciones se relacionarían con el lugar al que irían, el cual se encontraba en estrecha comunicación con otros “más allá” y con el mundo habitado por los vivos.

### *Bibliografía*

- Códice Chimalpopoca, Anales de Cuauhtitlan y Leyenda de los Soles*, México, UNAM, 1945.
- Códice Vaticano A 3738*, Graz, Akademische Druck-U. Verlagsanstalt, 1979.
- ANDERS, F., y M. JANSEN, *Códice Vaticano A: religión, costumbres e historia de los antiguos mexicanos. Libro explicativo del llamado Códice Vaticano A*, México, FCE, 1996.
- DURÁN, Diego, *Historia de las Indias de la Nueva España e islas de tierra firme*, 2 tt., México, Conaculta, 2002.
- GARIBAY K., Ángel María, *Teogonía e historia de los mexicanos. Tres opúsculos del siglo XVI*, México, Porrúa, 2005.
- GOOD ESHELMAN, Catharine, “Trabajando juntos: los vivos, los muertos y el maíz”, en J. BRODA y C. GOOD, *Historia y vida ceremonial en las comunidades mesoamericanas: los ritos agrícolas*, México, INAH/UNAM, 2004, pp. 153-176.
- GRAULICH, Michel, *Myths of Ancient Mexico*, Norman, University of Oklahoma Press, 1997, pp. 59-62.
- \_\_\_\_\_, *Mitos y rituales del México antiguo*, Madrid, Istmo, 1990.

- JOHANSSON K., Patrick, *Miccacuícatl. Las exequias de los señores mexicas*, México, Primer Círculo, 2016.
- \_\_\_\_\_, “Escatología y muerte en el mundo náhuatl precolombino”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, núm. 31, 2000, pp. 166-191.
- KNAB, Tim J., “Geografía del inframundo”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, núm. 21, 1991, pp. 31-57.
- LEÓN-PORTILLA, Miguel (ed.), *Cantares mexicanos*, México, UNAM, 2011.
- LÓPEZ AUSTIN, Alfredo, *Cuerpo humano e ideología. Las concepciones de los antiguos nahuas*, México, IIA-UNAM, 2008.
- \_\_\_\_\_, *Tamoanchan y Tlalocan*, México, FCE, 1994.
- MARTÍNEZ GONZÁLEZ, Roberto, *El nahualismo*, México, IIA-UNAM, 2011.
- MATOS MOCTEZUMA, Eduardo, *La muerte entre los mexicas*, México, Tusquets, 2010.
- MENDIETA, fray Gerónimo de, *Historia eclesiástica indiana*, México, Salvador Chávez Hayhoe, 1956.
- MIKULSKA, Katarzyna, *El lenguaje enmascarado: un acercamiento a las representaciones gráficas de deidades nahuas*, México, IIA-UNAM, 2008.
- MOLINA, Alonso de, *Vocabulario en lengua castellana y mexicana y mexicana y castellana*, México, Porrúa, 2008.
- MUÑOZ CAMARGO, Diego, *Historia de Tlaxcala*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2007.
- SAHAGÚN, fray Bernardino de, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, México, Porrúa, 1999.
- \_\_\_\_\_, *Primeros memoriales*, Norman, University of Oklahoma Press, 1997.
- SIMÉON, Rémi, *Diccionario de la lengua náhuatl o mexicana*, México, Siglo XXI, 2007.
- TORQUEMADA, fray Juan de, *Monarquía indiana*, México, IIH-UNAM, 1975.